



Por ANAISIS HIDALGO
RODRÍGUEZ
anaishr2006yahoo.es

HACE apenas unos días, un experimentado colega del gremio disertaba sobre algunos de los equívocos que cometemos como periodistas, al convertirnos en portavoces de actividades a propósito de aniversarios de fechas o sucesos históricos, cuando debiéramos de dar más peso al hombre por sobre todas las cosas.

A las puertas de la celebración del aniversario 128 de la caída en combate de José Martí, me cuestiono cuántas veces, en mis escritos, pude quedarme en la hojarasca, sin ir a la esencia de las cosas, del hombre, de su ideario, de sus enseñanzas, que es lo importante.

Este año, motivada por aquella reflexión, quiero buscar otra manera de rendirle mis tributos al Maestro, menos formal y alejados de los dogmas; buscar al Martí que creció conmigo, al que me acompañó des-

de la Primaria, no desde la fotografía regia que colgaba a una esquina del pizarrón, sino al que palpitaba en cada presentación teatral que hacíamos de Los zapaticos de rosa.

Allí estuvo Martí, impulsándome ante mi miedo escénico, desafiando mi memoria mientras aprendía aquellas 36 estrofas, para saber con claridad cuándo debía retomar la narración luego del parlamento de cada uno de mis compañeros.

Ahora que recuerdo, fue precisamente recitando a Martí que experimenté aquel primer amor de estudiante, cuando en medio de un ensayo de la obra, uno de los chicos del aula me extendió un pequeño papel con las palabras: sí o sí. Después de eso nos reuníamos a menudo para ver muñes en el televisor.

A Martí, siento que lo abracé más en esos años difíciles de la adolescencia, cuando me cuestionaba sobre las carencias materiales de quien ha sido criada junto a su hermano solo con el salario de una madre trabajadora, y cuyas ausen-

cias no supieron fomentar la confianza.

Entonces, sentí como míos aquellos consejos a María Mantilla cuando le decía: quien tiene mucha tienda, tiene poca alma; y que no es bueno verter nuestra pena donde nos puedan ver, "por modestia, y por no ser, motivo de pena ajena".

Al Martí revolucionario, intrépido y sagaz, lo conocí más en los libros de Historia del preuniversitario; aquel Martí puesto todos los días en peligro de dar su vida por su país y por su deber, capaz de incumplir la orden de Máximo Gómez, quien, para preservarlo, le indicó quedarse a la zaga aquel 19 de mayo.

Por Historia del arte conocí al cubano Esteban Valderrama, y el que fuera probablemente, el más notable de sus lienzos, La muerte de Martí en Dos Ríos, y cuya obra eternizara al Apóstol, con su frente prominente, de cara al sol, en el momento de ser impactado por el plomo, llevándose una mano al pe-

cho mientras con la otra sostiene aún las bridas del caballo a galope, en medio de la exuberante vegetación.

Un Martí más profundo en la forma y el contenido me llega mediante sus versos libres, los "más martianos", los que más traducen el ímpetu vehemente y desolado de una juventud batida por todos los vientos; biografía interna, espíritu vivo del poeta y del héroe.

Hace años, precisamente de cara a un aniversario de su caída en combate, me recuerdo con aquel uniforme de pionera, recibiendo un diploma y una pulsera de ova que el tiempo se encargó de desteñir, por ganar un concurso sobre José Martí; más que el obsequio, quedaba para siempre conmigo, aquel acercamiento a su iconografía, al magnífico ejemplar de Hortensia Pichardo y al Martí visto a través de los ojos de Blanche Zacharie de Baralt, su entrañable amiga. Comenzaba a enamorarme de su obra, no podía existir mayor premio.



Por DAYAMI MONGES
CORRALES
dayamimonges99@gmail.com

POR estos días circula en las redes sociales una publicación sobre un chofer particular que decidió bajarle el precio del pasaje a una madre y a su hija, el admirable evento, a pesar de no ser ajeno al oído social recibió varios comentarios que resaltaban el gesto del conductor.

En otras ocasiones hemos escuchado casos similares, sin embargo, en el período actual es más común que se endurezca a que se ablande el corazón; cada uno vela por sus propios intereses y necesidades primarias.

No fue en Granma el suceso, pero sí en Cuba, y esto denota uno de los valores más sobresalientes del cu-

bano, la solidaridad, que a veces emerge como cualidad o actitud de las personas, aunque es, también, el reflejo de la idiosincrasia y la educación de un pueblo humilde.

El acontecimiento lleva un nombre implícito, empatía, y es necesario en cada espacio de intercambio, los centros laborales, las escuelas, los sitios públicos y en los hogares, allí, donde el principio de instrucción al menor debe despertar la necesidad de ayudar a los demás, sin violentar su área de confort.

Ponerse en el lugar del otro no es sencillo, porque es preciso renunciar en ciertos momentos, a nuestros deseos, pero preocuparse por el bien ajeno contribuye a la formación de un pensamiento ciudadano y al bien común, hecho que hoy tildan de obsoleto, incluso decadente.

La disminución de un pasaje a determinado lugar, la música en un tono moderado en ciertos horarios, el respeto ante un luto familiar o personal, el asiento en un medio de transporte público o privado a una anciana o anciano, a una embarazada, entre otros ejemplos que llenarían este discurso, son algunas de las manifestaciones de la empatía.

Es necesario comprender los refranes de los abuelos que, en la actualidad, mantienen su vigencia: "Hoy por ti y mañana por mí" o "Haz bien y no mires a quien", para entender que la vida tiene sus ciclos y todos necesitamos de los demás en algún momento.

La sensibilidad humana es un factor importantísimo para el desarrollo de las sociedades, visto el hecho desde una perspectiva psicosocial, porque a pesar de que so-

mos -un universo aparte-, como suelen expresar, también tenemos intereses comunes que facilitan las relaciones interpersonales.

Tales vínculos, según su efecto, hacen funcionales a las familias, porque estas, cumplen su objetivo dentro de la comunidad, instructivos a los períodos de clases y luego, tenemos como resultados hombres y mujeres con visión de progreso en su entorno, así nacen los emprendedores, aquellos que buscan con sus recursos, hacer más sencillo el día a día.

Ciertamente, vivimos en tiempos difíciles que no facilitan pensar en el prójimo, porque se complejiza, inclusive, meditar en nosotros, sin embargo, no dejemos que la semilla de la empatía caiga en terreno infértil, condenaríamos así, un gesto de socorro oportuno.

El principio de la empatía

Ideas
Por EUGENIO PÉREZ ALMARALES

¿Botar alimentos en tiempo de escasez?

Una copiosa producción de mangos se aprecia por todas partes; de varios sitios nos informan que parte de la avalancha se está perdiendo. La temporada coincide con una notable escasez de combustible y se dificulta su transportación.

Ya hemos sugerido en este espacio a los agricultores -y ahora lo reiteramos-, que preparen sus propias minindustrias, para que la solución esté segura, en manos propias, lo que consideramos la mejor opción, para cuando las frutas no puedan llegar frescas a los mercados o a la gran industria.

Pero la palabra minindustria puede confundir. No se trata de una compleja fábrica, hablamos de un caldero, cuatro piedras y leña; o dos calderos, ocho piedras...

Otro escollo real es la escasa disponibilidad de azúcar, para la elaboración de mermeladas, lonjas, barras... Otra vez sugiero mirar hacia las aldeas y sitios rurales de esta América nuestra, donde abundan los trapiches, movidos por caballos, mulos, burros.

Hace siglos Bayamo y otras localidades tuvieron muchos.

En ellos elaboran guarapo, y con él melaza, raspadura (que puede conservarse más fácilmente), vinagre y aguardiente. Algunos, incluso, llegan a obtener una especie de azúcar gruesa, todo con métodos artesanales.

"Ah, pero no tengo caña", dirán. ¿Y para cuándo lo dejarán? De un año a otro ese pudiera no ser ya un problema, si tiene tierras. Si no tiene tierra suficiente, pudieran asociarse fruticultores con vecinos que sí las tengan: uno produce melaza... y el otro frutas.

Pero no solo eso. Hay, también, experiencias en la fabricación de pulpas de frutas sin añadirle azúcar -sobre todo mango, por su dulzor natural-, aunque tenga menor duración. Es imprescindible envasarla en condiciones de hermeticidad, pasteurizarla y congelarla, si fuera posible.

Comprobé que la cáscara de mango maduro puede incorporarse a la mermelada. Herví las frutas lavadas

y enteras, les quité la piel, las batí y añadí el resultado a la pulpa obtenida de la masa.

Y vuelvo a mencionar la economía circular, que no cree en desechos, sino en que casi todo -para no absolutizar- puede ser materia prima para nuevas producciones.

Los supiaderos y sacos de basura contienen recursos útiles, que no deben ir a parar a ellos, como cáscaras y semillas de mango. Ambos elementos pueden deshidratarse, molerse y convertirse en alimento animal.

Y hay más, se elabora un polvo con las cáscaras secas, para consumo humano, que puede durar años, el cual tiene propiedades antioxidantes, carbohidratos, proteínas, vitamina C y fibra dietética, útil en panadería, para mezclar con yogurt y elaborar otros alimentos. El asunto fue investigado, con buenos resultados, en la sede Palmira, de la Universidad Nacional de Colombia.

No lo deje para luego.